

Facilidad y dificultad en el aprendizaje del Budô



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2017

La ausencia de comodidades es un obstáculo insalvable para muchos alumnos y alumnas que se acercan al estudio de las Artes Marciales por primera vez. Se exigen condiciones antes, incluso, de poner un pie en la madera del dôjô: horarios flexibles, vestuarios amplios, facilidades para las matrículas, grupos con el número exacto de participantes, niveles homogéneos dentro de las clases, posibilidades de promoción, certificaciones y acreditaciones de los profesores, etc.

El axioma que contrapone la facilidad a la dificultad es bien conocido en el Budô Clásico, donde hay armarse de paciencia y voluntad para poder tener acceso al encuentro con un verdadero maestro y con sus enseñanzas. La distancia, la soledad, la ausencia de referencias tangibles, la difícil comunicación a través del lenguaje, la inversión económica que significa un viaje de esas características, el posible rechazo inicial, la lentitud o la falta de confianza, son adversarios de peso que hay que saber entender, aceptar y combatir.

Algunas de las estampas que guardo en mi memoria, de aquellas que fueron mis primeras visitas a Marruecos, están protagonizadas por los estudiantes, de Rabat, Marrakech, Meknes o Fez, estudiando bajo las farolas de los parques. Jóvenes, y no tan jóvenes, abandonaban sus hogares cuando ya el sol se había caído de la tarde, para continuar con sus estudios bajo la tímida luz del alumbrado público. En efecto. Hacían aparición cuando ya otros se replegaban a sus casas, para cenar en familia y descansar después de un día de trabajo.

Muchos de aquellos chicos y chicas, eran alumnos universitarios o estudiantes de enseñanza secundaria que no disponían de un lugar apropiado para realizar sus tareas, eligiendo las vías públicas para llevar a cabo esta empresa que a mí se me antojaba tan difícil en aquellas circunstancias. La escena, sobrecogedora, evidenciaba las dificultades a las que, todos ellos, hacían frente, para conseguir salir airosos de los exámenes que les exigía su formación profesional.

También allí me encontré con jóvenes e ilusionados karatekas, que utilizaban el alumbrado público para ejercitarse en el Arte del Karate, sorteando condiciones ambientales, horarios adversos, etc.

En el transcurso de otros periplos pude ser testigo de las dificultades con las que otros practicantes tenían que batallar a diario para estudiar el Budô que habían elegido. En el transcurso de un viaje por India, tuve la oportunidad de enseñar Karate, durante unos días, en un instituto de enseñanza secundaria de la ciudad de Calcutta, en Bengala Occidental. El hecho no habría pasado de ser una experiencia más, salvo por un detalle que no fue menor: la negativa de la dirección a que las chicas participaran en el desarrollo del keikô, un hecho discriminatorio del todo imposible en nuestro mundo. A esa dificultad añadida, con la que pueden encontrarse algunas personas que pretendan acceder a la práctica de un Arte Marcial por el sólo hecho de ser mujer, había que añadir las condiciones en las que aquellos jóvenes realizaban su práctica, pisando suelos de tierra batida, utilizando parques y jardines, patios de colegios sin adaptación, luz, ventilación o mínima higiene.

Hace casi treinta años, en un viaje a Nepal, asistí varios días a las clases que organizaba el dôjô de la J.K.A. (Japan Karate Association) de la capital del país: Katmandú. El keikô comenzaba a las cinco de la mañana, una hora muy poco habitual en nuestro contexto occidental; no obstante, a pesar de la inconveniencia del horario, aquellos alumnos acometían la práctica del Karate-dô de forma diligente, seria y determinante, y, desde luego, con una puntualidad más que absoluta.

Cada mañana el grupo se reunía al completo en una sala, más que humilde, para disfrutar de la práctica de su Arte Marcial. Muchos de los alumnos eran también estudiantes de enseñanza secundaria, pero había también trabajadores de todos los sectores, incluyendo varios porteadores profesionales que realizaban expediciones por las montañas del país, hombres y mujeres con un espíritu de sacrificio muy acusado para los que aquellas sesiones de entrenamiento no suponían un reto especialmente significativo, si las comparaban con sus jornadas laborales en temporada alta, cuando habrían de cargar con kilos y kilos de material de montaña y alimentos, para avituallar a los grupos de escaladores extranjeros que se aventuraban a través de los Himalayas.

Recordando estas dificultades, y muchas otras, vino a mi memoria una entrevista publicada en la revista "Karate" (edición francesa) a Augusto Basile, uno de los primeros alumnos de Hiroo Mochizuki Sensei. El Sensei Basile contestaba a preguntas del periodista en relación a sus inicios en el Karate Wadô ryû, su concepción de este Arte Marcial y proyectos futuros.

Al margen de las opiniones que sostuviera este maestro -uno de los precursores del Karate en Italia- me sorprendió un hecho singular que, pasado tanto tiempo, aún recuerdo: Basile vivía en el interior de su coche cuando visitaba a su maestro en París. Sí, el entonces estudiante pasaba las noches en su vehículo, una vez finalizaban sus clases, alimentándose, casi exclusivamente, de naranjas: un humilde soporte para su sustento diario que había traído consigo desde su lugar de origen, en Italia, porque su economía no le permitía una situación más holgada. Aquel esfuerzo denodado por alcanzar el sueño de su vida no estaba al alcance de cualquiera, pero su Amor por el Karate era más fuerte que sus propias y necesarias condiciones primarias.

En la actualidad, Augusto Basile es un Sensei de referencia en el mundo, y un puntal del Karate Wadô ryû en toda Europa.

Otras crónicas aparecidas en la revista mencionada, hacían referencia a los entonces célebres karatekas franceses -en activo como competidores durante los años setenta- tales como: Patrick Tamburini, Setrouk, Barroux, Valera, Lavorato o Petitdemagne. Aquellos artículos expresaban cómo estos jóvenes exponentes del Karate, espoloneados por los primeros maestros japoneses residentes en suelo europeo -Harada, Murakami, Kase, Nambu o el mismo Henry Plee- cruzaban Europa, se embarcaban en el Transiberiano y llegaban a las costas del Mar de Japón, para acometer la gran aventura del Budô en su patria original. Aquellas epopeyas demostraban, fehacientemente, un Amor por el aprendizaje hoy ya casi desconocido.

También nosotros, los españoles, tuvimos nuestros propios aventureros del Budô que, sin llegar tan lejos, sí viajaron por Europa para conocer el Arte Marcial que, con posterioridad, traerían y difundirían en nuestro país.

Hubo, incluso, algún intento serio que no cuajaría definitivamente, debido a problemas y malentendidos con algunos de los maestros relevantes que en aquel tiempo dirigían sus escuelas en Japón. Este maestro, en el que estoy pensando mientras escribo estas líneas, me contó cómo regresó a nuestro país con un sabor más que agrisado por la frustrante experiencia vivida y por la pérdida del mito que para él mismo había significado siempre la epopeya del viaje a la cuna del Budô.

Los primeros españoles que viajaron a estudiar Karate fuera de nuestras fronteras, sorteando dificultades y sobreponiéndose a ellas, lo hicieron hacia el país vecino: Francia. Algunos de estos pioneros son conocidos, porque han tenido oportunidad de ser entrevistados en diversas publicaciones de nuestro país, como Luis Zapatero, de Zaragoza, o Manuel Palacios, de Santander, pero otros contemporáneos suyos son casi desconocidos para los actuales practicantes de Karate de nuestro país, como José Manuel Saldaña Sensei.

Como muchos otros emigrantes españoles, José María Saldaña marchó a trabajar a Francia, donde se encontró con el Karate y estudió, entre otros, con Murakami Sensei y Harada Sensei. A su regreso a España, se instaló en Navarra, donde formó a grandes karatekas de renombre nacional e internacional en la década de los años setenta, como los hermanos Ulibarrena o, el gran campeón que fue, José Vicente Eguzkiza.

Durante los ochenta y primeros noventa, el Sensei José Saldaña vivió en Mérida, la Capital de nuestra Comunidad Autónoma de Extremadura, dirigiendo el Shotokan dôjô de esta Ciudad, donde aún enseña uno de sus más prestigiosos alumnos: el Sensei Francisco Díaz Barbosa.

En Badajoz, fueron también las dificultades las que arrojaron algunos de los mejores momentos que vivimos en nuestra primera juventud junto al Karate Tradicional. Eran los mediados años setenta. Sin espacios apropiados para practicar nuestro Arte Marcial, salíamos a la calle pasada la hora de la cena, dirigiéndonos a lo que, en los años setenta, eran las afueras de la Ciudad. Allí, bajo la luz del primer alumbrado recién instalado, desplegábamos nuestros katas, debatíamos sobre nuestro trabajo y disfrutábamos del Karate de una manera, casi, casi, clandestina. Terminado el keikô, volvíamos a nuestros hogares, para coger con ahínco la cama reparadora y levantarnos a primera hora de la mañana listos para marchar al instituto, añorando, siempre, ese momento mágico de la noche, para correr, sin freno, avenida abajo y reunir nuestras voluntades en torno al Arte que amábamos.

Más adelante, durante los tórridos veranos del sur, cuajado ya el crepúsculo que daba la paz a los cuerpos malheridos por el sol, subíamos a las azoteas silenciosas y, atreviéndonos contra la densa oscuridad, recorríamos el contenido de nuestro Arte, dibujando el espacio con movimientos imposibles y configurando, una y otra vez, un kata alucinante.

Desde mi punto de vista, la facilidad con la que se accede al estudio y práctica de un Arte Marcial en nuestros tiempos, teniendo, como tiene, elementos positivos y dignos de resaltar y valorar, abandona otros aspectos sustanciales, que dieron -y aún dan- consistencia a unas enseñanzas auténticas, verdaderas, nobles y originales, a las cuales se llegaba (y en muchos casos continúa llegándose) a través de la dificultad: ese estado que nos pone a prueba, nos sitúa y valora como estudiantes, poniéndonos en tesitura ante nuestros maestros y ante nosotros mismos, calibrando y sopesando la sinceridad de nuestro Amor por el Budô, forjándonos y preparándonos para poder transmitir en un futuro a otros, no tanto los aspectos técnicos, tácticos, formales o estéticos de nuestro Arte, sino la dimensión humanística que contienen estas formas de Educación, que son los Budôs Clásicos.

En mi opinión, si esa dimensión, es aprehensible, lo ha de ser desde el Amor.

Yo creo que un estudiante que elige como forma de aprendizaje el “Camino de la Dificultad” está más cerca de encontrarse con ese Amor al que he aludido.